

JORNADA DE TRABAJO Y TIEMPO LIBRE EN LAS SOCIEDADES CONTEMPORANEAS

Después de ochenta años, en España al menos, de la aparición de las primeras leyes protectoras del trabajo, con el subsiguiente asombroso crecimiento de la legislación en todos los órdenes de la vida laboral, puede decirse que el problema social ha cambiado fundamentalmente de aspecto, pues ya no se plantea como impulsado por la necesidad de una urgente protección del trabajador, como sucedía a principios de siglo, sino más bien como algo totalmente distinto y sin duda, de más difícil consecución, esto es, el aprovechamiento racional de todas las ventajas que a través de los años se han ido logrando y consolidando, cuestión decisiva, para que no ocurra que lo que se consideraba por nuestros hombres del siglo XIX como metas ideales del bienestar social, se transforme ahora por su errónea aplicación en un auténtico mal. Cuando los salarios tienden a aumentar por momentos, cuando el nivel de vida sube de manera rapidísima, cuando finalmente, la seguridad social adquiere los caracteres de una auténtica liberación de la necesidad y la jornada llega en algunos centros industriales a treinta y cinco horas semanales, es el momento de recordar para nuestro propio bien, aquella anécdota que Josef Pieper, nos refiere ¹, tomada de una de las obras del filósofo de Königsberg: «Un médico, que día a día consolaba a sus pacientes con la esperanza de una pronta curación, diciendo a uno que el pulso le latía mejor, a otro que la expectoración estaba bien, a un tercero que el sudor era señal de mejoría etc., recibió en una ocasión la visita de un amigo suyo. ¿Qué tal amigo? ¿Cómo va su enfermedad?, fue su primera pregunta. ¿Cómo va a ir? ¡Me muero de pura mejoría...!»

Las sociedades occidentales, nuestra vieja y desquiciada Europa, creo que desafortunadamente también están muriéndose de pura mejoría. Es ciertamente

¹ JOSEF PIEPER: *Sobre el fin de los tiempos*. «Biblioteca del Pensamiento actual», pág. 143.

curioso que quizá de una manera providencial y como para achicar nuestro excesivo orgullo, las mejoras objetivas, se van transformando en males reales, si bien esto no es una regla general y admite las excepciones oportunas, que vienen a confirmar la regla.

* * *

En el presente trabajo nos reduciremos a tratar una de las cuestiones laborales en donde los avances han sido más asombrosos, tanto como lo fueron los deseos de nuestros abuelos por conseguirlo: nos referimos a la reducción progresiva de la jornada de trabajo, experimentada en los últimos cien años.

Desde las diecisiete horas de trabajo que se realizaban en las fábricas de algodón francesas en 1840, extremos a los que se refiere Villermé² en su documentado y famoso informe, hasta la jornada de seis horas que se disfruta ya en algunas factorías de nuestro continente, no cabe por menos de admitir que el progreso ha sido extraordinario, progreso en el que han intervenido el consumo, el hombre y la técnica por él creadas. La famosa trilogía socialista proclamada a finales del siglo XIX, con alteración de muchos —ocho horas para el descanso, ocho horas para la cultura y ocho horas para el trabajo— son ya legalmente asequibles a cualquier trabajador de todo país civilizado, si bien se han entrecruzado una serie de factores, que más tarde examinaremos, y que en muchos casos han hecho de aquella un puro mito de difícil realización práctica, que nos hace exclamar como el enfermo de la anécdota: ¡Nos morimos de pura mejoría!

Pese a que en 1883 Pierre Lafargue, proclamaba, con gran escándalo, como un derecho casi natural del hombre, el derecho a la pereza y pese a que el gran sociólogo belga Jacques Leclercq en 1936 escribía su primera parte del *Elogio de la pereza*, no podemos por menos de pensar que, en uno y otro caso, se ha idealizado mucho. Pues, ¿podemos creer sinceramente que la jornada de ocho horas universal ya en el orden legal, e incluso la de siete, muy generalizada, semana inglesa, jornada intensiva, etc.— han supuesto siempre una auténtica mejoría en el sentido social del término? Sin duda en algunos casos sí, pero a su vez han dado lugar a la creación de una de las cuestiones más graves de nuestra época, la que se ha llamado por Friedman Dumazadier, el «problema de la ocupación del tiempo libre». Y es que no basta con tener a nuestra disposición un tiempo libre, sino lo que es más difícil es saber utilizarle y que su utilización redunde en nuestro provecho, en una palabra, que no sea un trabajo más, como en muchas ocasiones sucede.

Lord Ashley, bien conocido en la historia social por sus esfuerzos en favor del proletario inglés, se dirigía a los trabajadores en 1848, a raíz de haber conseguido la jornada de diez horas diarias —conquista extraordinaria para su tiempo— en los siguientes términos: «Debemos dar ante todo muy

² VILLERMÉ: *Tableau de l'état physique et moral des ouvriers*, tom. II, pág. 91.

humildes y muy sinceras gracias a Dios omnipotente por el maravilloso e inesperado éxito que ha coronado todos nuestros esfuerzos. Estáis ya en posesión de esas horas que tanto tiempo y con tanto calor habéis deseado. Pero debéis darle el empleo en que siempre han soñado vuestros amigos y vuestros defensores cuando dirigían llamamientos al legislador en nombre de vuestros derechos, como criaturas inmortales, como ciudadanos y como cristianos»³.

He aquí el centro de la cuestión: el empleo del tiempo libre.

* * *

De una manera muy superficial se ha señalado como único fin del tiempo libre, el de procurar al trabajador el descanso que compense su esfuerzo físico y ciertamente que esto pudo, y aun hoy, en algunos casos, puede ser verdad, pero junto a aquel objetivo bien limitado, habida cuenta del estado de nuestro desarrollo industrial, el tiempo libre tiene entre otras misiones elevadísimas, la de lograr en el hombre la creación de una alegría que el trabajo en muchas ocasiones ya no le puede dar y que cada día le dará menos, por la progresiva automatización industrial. Así ha podido ser definido el tiempo libre por Dumazadier⁴, diciendo que es «el conjunto movible y complejo de ocupaciones a las que se dedica el individuo voluntariamente para descansar, entretenerse e instruirse, después de haberse liberado de todas las obligaciones profesionales, familiares, sociales y culturales».

Jacqueline Frisch-Gautier en un interesante trabajo publicado recientemente en Francia⁵, se refería a la tendencia anteriormente apuntada sobre desaparición de la alegría en el trabajo, diciendo: «Hace treinta años Henri de Man hablaba de alegría del trabajo: hoy hablamos simplemente de satisfacción o de frustración, y es que aquella alegría antigua estaba unida al dominio profesional.» El obrero tradicional se sentía orgulloso de «saber hacer», de su total dominio sobre la materia inerte que se le sometía a tratamiento, y esto porque la pieza, el objeto producido le configuraba con sus propias manos, le modelaba y, si se me permite utilizar ampliamente la expresión, le creaba. La frase de Bergson «cuanto más rica es la creación, más profunda es la alegría» tenía una real aplicación a este caso. Pero esta labor de creación es cada vez menor en la industria moderna, y la máquina ha sustituido las habilidades del hombre de tal forma, que el trabajador, al no «crear», ha de buscar la alegría en otro sitio, concretamente, fuera del trabajo. Así el tiempo

³ Citado por RAÚL SAY, en *La protección legal de los trabajadores*, trad. esp., pág. 86 Madrid, 1905.

⁴ DUMAZADIER: *Travail et loisir*, pág. 341. Tomo II del *Traité de sociologie du Travail*, Armand Colin, 1962.

⁵ JACQUELINE FRISCH-GAUTIER: *Moral et satisfaction au travail*, pág. 132. Tomo II del *Traité de sociologie du Travail*, A. Colin, 1962.

libre se nos aparece como necesariamente proveedor de alegría. Georges Lefranc, en su *Historia del trabajo y de los trabajadores*, ha expuesto maravillosamente la evolución seguida en este sentido ⁶. Pero ¿sabremos buscar y encontrar la alegría en el tiempo libre? Resulta difícil lograr aquélla fuera del trabajo, en una sociedad cuya característica fundamental es que olvida día tras día la fuente de toda verdadera alegría.

El hecho, no obstante, es así: el empleo del tiempo libre ha adquirido tanta importancia como el de la jornada en el siglo XIX y debe prepararse a nuestras actuales generaciones para su adecuada utilización, salvo que queramos caer en el tedio, en la acedia, en la desesperanza. Hace falta sin duda una preparación cultural previa de nuestros jóvenes para evitar un empobrecimiento espiritual después del trabajo. Ferdynand Weys, en su conocida obra *The british worker*, apuntaba ya en parte esta idea al decir: «La mayoría de los obreros piensan que la función de una labor, incluso interesante, es ante todo procurar dinero para el confort, la diversión o los placeres de la vida, porque proporciona algo que se puede amar, algo donde uno se puede sentir libre.»

Así, pues, logrado ya un sensible mejoramiento en las jornadas de trabajo, en nuestras modernas legislaciones la dificultad se halla en saber «con qué clase de actuación hay que llenar el ocio». ¿Es que no se ha hablado desde los tiempos antiguos de la fecundidad del ocio? ⁷.

* * *

Muchas han sido las clasificaciones que se han hecho a este propósito. Joffre Dumazadier nos habla de que el ocio puede cumplir tres funciones: procurar el reposo en el sentido de recuperación, lograr la diversión como antídoto a la monotonía de la vida laboral y contribuir, finalmente, al cultivo de la personalidad. Se han estudiado asimismo los llamados «ocios activos y no activos» ⁸. Nosotros, en aras de la máxima claridad, vamos a clasificar las formas de aprovechamiento del tiempo libre en la sociedad actual de la siguiente forma: aprovechamiento laboral, aprovechamiento para la diversión y aprovechamiento para la familia. Veamos brevemente cada una de ellas.

a) Descendiendo totalmente a la realidad nos preguntaremos: ¿se trabajan hoy exclusivamente las ocho horas diarias o las cuarenta y ocho semanales en los países que tienen implantada tal jornada? Más aún, ¿se trabaja solamente el tiempo que se permanece en la fábrica, en la oficina, en el comercio? Estimamos que la respuesta ha de ser rotundamente negativa y, lo que es

⁶ GEORGES LEFRANC: *Histoire du Travail et des travailleurs*, Flammarion. París, 1957.

⁷ ROBERT VALTON: *Le loisir au point de vue medical*. Cahiers du Musée Social, París, 1960.

⁸ GEORGES FRIEDMAN: *El trabajo desmenuzado*, trad. esp. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, págs. 171 y siguientes.

peor —lo que es morir de pura mejoría—, quizá hoy se trabaja en proporción y de una manera relativa más número de horas que hace treinta o cuarenta años. Las jornadas más atrayentes de los diversos países suelen ser jornadas legales, pero no reales.

La causa de estos alargamientos de la jornada puede obedecer a diversos motivos. Las razones económicas son las más abundantes en países de niveles salariales bajos. Y es que no hay otro remedio que trabajar más cuando el jornal que se gana en las ocho horas no llega a cubrir las necesidades mínimas. En Francia se ha llamado por Friedmann a este aprovechamiento del tiempo libre para trabajar «pourrisment» de ese tiempo, algo así como empudrecimiento del mismo. Otros autores, Michel Morisot, por ejemplo⁹, le han calificado de «esterilización» del tiempo libre. En una palabra, en un robar al ocio lo que de hecho le pertenece. Tal aumento voluntario de la jornada laboral es muy corriente, y todos conocemos al oficinista que, acabada su labor en la empresa principal, se dedica a llevar contabilidades o documentos legales a otras entidades. ¿Es que no se ha llegado en algunas ciudades populosas de Alemania a la venta de las propias vacaciones (verkaufte Urlaubstage)?

Las horas extraordinarias son otra manifestación de este hecho. El ideal sería no hacerlas, porque, de un lado, para el trabajador le suponen privarse de un tiempo que debiera dedicar a otros menesteres libres, de otro, porque el rendimiento para la empresa es bien inferior al de la jornada normal. Pero pese a ello y al precio generalmente alto de la hora extra, en muchos casos se ha llegado a considerarla ya como un sobresueldo, sin preocuparse gran cosa del efectivo trabajo realizado.

El hombre que de alguna de estas u otras formas debe prolongar su jornada de ocho horas, no puede emplearse en lo que debiera, y he aquí cómo empiezan a surgir los nuevos problemas de la época actual.

Pero no siempre, es menester reconocerlo, el empleo laboral del tiempo libre tiene como causa la necesidad económica vital de lograr mayores ingresos al mes para sustentar a la familia, sino que en muchos casos se utiliza no como forma de subvenir a lo necesario, sino a la superfluo y concretamente al lujo. Alfred Sauvy¹⁰ recoge magníficamente esta derivación, refiriéndose a Alemania, cuando expone el siguiente caso: «En 1936-39, los obreros alemanes no querían trabajar más de cuarenta y ocho horas a la semana. Las horas extraordinarias eran un excepción y eran consideradas como un mal en sí. Ahora se extienden por doquier la motocicleta, la televisión, la máquina de lavar. La necesidad queda cubierta por la venta a plazos y obliga como consecuencia al trabajo extra. En ciertos convenios colectivos de empresas alemanas se garantizan hasta doce horas suplementarias por semana. Estas empresas, por otra parte, nunca han tenido un poder más extenso.»

⁹ MICHEL MORISOT: *Les loisirs, problème social*, en «L'effort social français», pág. 169. Librería Armand Colin, 1961.

¹⁰ ALFRED SAUVY: *La naturaleza social*. Ediciones Taurus, págs. 472 y siguientes.

Igualmente cabe decir que la propaganda llevada hasta su máximo extremo fomenta nuevas necesidades cada día, y no existiendo más que en la minoría de los casos un resorte personal de propia autolimitación, nacida de factores espirituales, la máxima es querer siempre más, con lo que muchas veces se llega a calificar de malestar económico familiar, lo que simplemente es un inmoderado deseo de igualación con el prójimo. Creo que ha sido Jules Renard quien ha escrito esta significativa expresión de las necesidades artificiales del mundo moderno: «Êtes-vous hereux? Non, car il manque à mon bonheur d'être sûr que les autres sont plus malheureux.» Este fenómeno de igualación que superabunda en Norteamérica está llegando a Europa. La ostentación ha tenido entrada en nuestras sociedades occidentales. El continuo deseo de cambiarse por mejorarse da lugar a una continua aspiración a más que impide un auténtico aprovechamiento del tiempo libre, al que se sacrifica por una serie indefinida de detalles que realmente no contribuyen a una mayor felicidad. Todo el mundo quiere igualarse al prójimo en mejor situación, y de no poder obtenerlo surge un sufrimiento colectivo, porque «Tántalo sufre mucho más que Job».

Pío XII, con una visión clarísima de los problemas de nuestro tiempo en este orden de cosas, alzó su voz contra el riesgo de que el tiempo libre sea no un medio de lograr una mejora cultural —«loisirs studieux», que diría Chenier—, sino una fuente de necesidades artificiales. Dirigiéndose a los obreros italianos en mayo de 1953, les decía así: «Si la máquina estaba destinada a disminuir sin cesar más y más, y, por así decirlo, hasta el extremo posible, la jornada de trabajo y esfuerzo, el tiempo libre debía también perder su significado natural de reposo y escape entre dos momentos de actividad. Llegaría a ser el primer elemento de la vida y la ocasión de necesidades nuevas, muy costosas a veces, como de otra parte una fuente de ganancia para los que satisfacen aquéllas. Así se alteraría la relación natural de necesidad real y normal con las exigencias suscitadas artificialmente.»

Pero hay otra interesante forma de «esterilización» del tiempo libre. Nos referimos a la necesidad cada vez más imperiosa de realizar determinadas tareas domésticas ante la falta de mano de obra adecuada. En España aún no nos percatamos realmente de esto, pero en otros países, el encontrar un obrero especialista en pintura, fontanería, etc., además de ser muy raro, resultaría muy costoso. Una estadística de los Estados Unidos nos indica que el ochenta por ciento de los americanos pintan periódicamente el interior de su vivienda personalmente; doce millones poseen un taller en casa para reparar averías, y así sucesivamente. Jacques Cheniu, de cuyo trabajo *Un artisanat de loisir*¹¹ tomamos estas cifras, nos habla de que tales actividades no sólo tienen su origen en la necesidad de hacer economías, sino en razones más profundas, de tipo psicológico y social: «El hombre de hoy no se mueve en el cuadro de una civilización estable, sino en una civilización en devenir acelerado. El

¹¹ JACQUES CHENIU: *Un artisanat du loisir*. «Informations Sociales», París, 15, n.º 8, 37, 1961.

campo de su ignorancia se agranda desmesuradamente. Utiliza máquinas y aparatos que no puede ni componer ni reparar; ya no es el maestro de su civilización, sino su admirador ferviente. Pero esto produce angustia que puede traducirse en un sentimiento de impotencia o bien suscitar la necesidad de enfrentarse con la realidad inmediata, el placer de hacer, una sed de dominio sobre los materiales que le rodean, y entonces su consuelo es encontrar en casa una tarea donde se imponga, donde sea el dueño, donde entienda.

Dentro de la ocupación laboral del tiempo libre, no se puede silenciar el empleado diariamente en los grandes centros urbanos en ir y volver al trabajo. Los señores Chombart de Lawe y Jenny, que han estudiado en este aspecto los alrededores de París, observaron que muchos trabajadores pasaban más de dos horas diarias en los transportes. Así, pues, ¿qué tiempo le quedará realmente al hombre para su ocio?

b) En segundo lugar decíamos que uno de los empleos más frecuentes del tiempo libre era la diversión, pudiendo ser entendida ésta en un doble sentido: bien como apartamiento activo de los quehaceres diarios —y entonces es la diversión propiamente dicha— o bien como un apartamiento pasivo —un no hacer—, y en este caso se nos aparece bajo la forma de ocio. Ambas clases de diversiones pueden practicarse no sólo día a día, después de la jornada, sino lo que es más normal, durante las fiestas, fines de semana, vacaciones, etc.

En la generalidad de los casos, la diversión se manifiesta bajo el primer aspecto, sobre todo en nuestro país. D. Juan Valera decía a fines del siglo XIX que «los españoles deben ser sin duda el pueblo más aficionado a divertirse que vive sobre la faz de la tierra». En 1958, el periodista alemán Heinz Barth titulaba un artículo del *Stuttgarter Nachrichten*: «España: un país donde no se puede organizar el tiempo», y nos envidiaba, por caracterizarse, según él, nuestra patria «por la amenidad de vida y por la gran dificultad de separar el tiempo libre y el tiempo de trabajo». Y ciertamente que desde la Edad Media la valorización española de la calle ha sido extraordinaria¹².

Pero la diversión como ocupación del tiempo libre tiene sin duda en nuestras sociedades actuales un auténtico sentido pascaliano: la de liberación del pensamiento. De aquí el panorama que se contempla por doquier: concentraciones masivas de personas en espectáculos, excursiones, etc. Todo esto, en el fondo, es no pensar. Todo esto es huir: Marcel de Corte ha hablado de «itinerarios de huida de nuestra civilización». La vida extralaboral, como consecuencia de esta mentalidad, puede a veces llegar a ser más ajetreada que la laboral y ha hecho verdadera la expresión, ya admitida en sociología, de «cansado lunes».

¹² JUAN BENEYTO: *Historia social de España y de Hispanoamérica*. Aguilar, Madrid, 1961.

¿A qué se debe este deseo de evasión que inunda nuestras horas libres? Dejemos hablar a uno de los estudiosos de estos problemas, Cazeneuve¹³: «La intensidad del movimiento se halla en relación directa con el grado de concentración urbana. Por doquier la vida ciudadana exaspera y da lugar a la necesidad de cambiar de atmósfera y de relajarse. Médicos y siquiátras lo aconsejan a veces: nuestra salud física y mental está resquebrajada por la vida trepidante, por el aire corrompido de las grandes ciudades, y esto exige en compensación una evasión anual o diaria hacia horizontes más tranquilos y sanos. Todo el mundo sabe esto, pero el sociólogo no encuentra tan fácil explicar este fenómeno. En primer lugar, no son siempre los más fatigados los que se van; incluso se ve que huyen gentes muy favorecidas socialmente y que no han de desarraigarse de sus ocupaciones. Inversamente el prurito de vacaciones alcanza también a los pueblos pequeños, donde las razones médicas tendrían un valor muy inferior. En fin, a medida que los automóviles aumentan, se multiplican también los que se van no para relajarse, sino para rebotar de ciudad en ciudad, nerviosamente aferrados al volante» y así llega a descubrir el verdadero sentido de estas huidas masivas: «influencia de las modas, de los snobismos, la afirmación de un estatuto social. Es humillante no poder responder a la pregunta: ¿Dónde pasará usted sus vacaciones?, diciendo que se permanece en casa y se prefiere nombrar un lugar veraniego renombrado. El embobamiento colectivo, los estereotipos de clase, el espíritu gregario y el que dirán: he aquí los agujones poderosos de estas migraciones masivas».

Si no hay razón para negar la importancia que la diversión ha de tener en la ocupación del tiempo libre, no hay tampoco por qué ocultar que cuando aquélla se coloca, como ocurre frecuentemente, como única meta de la vida, trabajando solamente para obtener los medios de sostener y saciar aquélla, el hombre corre el riesgo de adquirir una mentalidad tan materialista que no tardará mucho en ser incapaz de reconocer otro tipo de valores más elevados. En un orden político, social y sindical, ya ha señalado Dwight Mac Donald, refiriéndose a los Estados Unidos, que como se siga en este ritmo rapidísimo de diversión, muy pronto «Peter Pan simbolizará a los Estados Unidos mucho mejor que el tío Sam»¹⁴.

Junto a este empleo trepidante del tiempo libre —diversión propiamente dicha— decíamos que cabía otra forma diferente de tipo pasivo: nos referimos al ocio. Cada día el cultivo del ocio como creador decae más en nuestras sociedades actuales.

El ocio a que nos referimos supone un periódico apartamiento del mundo, en un sentido espiritual e intelectual, y este apartamiento puede hacerse, bien a la manera de Fray Luis de León, mediante un entrar en soledad absoluta: «Sierra que vas al cielo altísimo, recíbeme en tu cumbre, recíbeme...», o a la

¹³ JEAN CAZENEUVE: *Où fuir?*, en *Les nouvelles littéraires*, agosto 1962.

¹⁴ *Travail et loisir*, obra citada pág. 361.

manera de Descartes, hundiéndose en pleno siglo XVII en la ciudad más populosa de su tiempo, Amsterdam, pues estando allí todo el mundo entregado al «arte de la mercancía», nadie se ocupaba de su persona lo más mínimo. La vulgaridad general —dice el autor del *Discurso del Método*— redundaba en provecho de quienes se dedican a las labores del espíritu.

Los medios numerosos de distracción que la civilización nos brinda —cines, radio, televisión, etc.— impiden muchas veces el cultivo del ocio en esta última forma, salvo para hombres dotados de un extraordinario poder de concentración. Todo milita en contra de aquel ocio, los ruidos, lo endeble de las viviendas modernas, las aglomeraciones y tantas y tantas cosas que nos privan a diario de esa tan importante ventaja que los ingleses denominan «privacy». Con todo ello, van desapareciendo cada vez más lo que podíamos llamar personalidades «individuales», y el hombre de la calle está cada día más cerca de la fabricación cultural y espiritual, en serie.

c) Finalmente decíamos que el tiempo libre se ocupa también en los quehaceres familiares propiamente dichos. En esta cuestión se advierte una gran diferencia de empleo del tiempo libre, según se trate de la mujer o del hombre, en los países europeos. Una encuesta realizada en el país vecino sobre trescientas familias, ha puesto de manifiesto que el 30 por 100 de los hombres salen algunas veces solos por la tarde, contra el 5 por 100 de mujeres. La jornada dedicada por la mujer al hogar es larga. Nuestra sociedad española, donde aún perdura el servicio doméstico, no puede percibir realmente la profundidad de este problema, que da lugar a que en la ciudad la duración semanal de las ocupaciones domésticas se eleve a 42 horas y media en los hogares sin hijos y a 66,78 y 83 cuando existen, respectivamente, uno, dos y tres hijos¹⁵.

En la ocupación familiar del tiempo libre ha de contarse igualmente la importantísima labor de lo que se ha llamado «política del cuarto de estar». La atención cultural, espiritual y moral de los hijos, su vigilancia, etc.

Consideramos que no sería objetivo terminar este ligero ensayo sin hacer referencia a uno de los aspectos de la ocupación del tiempo libre, precisamente el domingo. El Cardenal Wyszinsky comentaba así¹⁶ unas palabras del Génesis (II, 1-3): «Desde el momento en que la bendición divina desciende sobre el descanso en el trabajo, el séptimo día reviste en la historia del mundo un doble sentido: el de homenaje al Señor y el de reposo para la mente y el cuerpo descansados.»

¿Se emplea hoy realmente el tiempo libre del domingo con un fin espiritual y religioso? Las estadísticas de sociología religiosa sobre la misma asistencia a la misa dominical no son precisamente muy alentadoras. Pero pese a que la realidad no es muy halagüeña en este sentido, hay que admitir sin

¹⁵ *Quelques influences du loisir sur le contenu de la vie familiale*. «Informations sociales», París, 15 n.º 8, 4, 1961.

¹⁶ WYSZYNSKI: *El espíritu del trabajo*. Patmos, 80, pág. 231.

FELIPE VÁZQUEZ

duda de ningún género que «el reposo fructífero sólo es posible en el clima religioso del día festivo». Es hora de preguntarse: ¿nuestros cuerpos no estarán cansados porque nuestros espíritus no están sosegados?

Del panorama descrito cabe deducir que la existencia del hombre contemporáneo es tan agitada, tan profundamente atareada, que casi puede admitirse que carece de un auténtico tiempo libre, entendido éste en un sentido espiritual de ocio creador, fecundo, del que sin duda han salido tantas grandes ideas de la Humanidad. Quizá tal manifestación, que aún no ha llegado totalmente a nuestro país, y por eso se nos llama «reserva de Occidente», se deba a que se ha olvidado nuestro verdadero estado de viandantes mientras estamos en este mundo, viandantes hacia una meta puesta más allá de la vida temporal, y que en muchos casos el hombre se empeña infructuosamente en querer traer y arrastrar a todo trance a esta tierra. El filósofo de Port-Royal decía en sus *Pensamientos*: «No somos, sino que esperamos ser.» La generación actual —consecuente con su casi total falta de tiempo libre— parece haber invertido íntegramente la idea y gritar denodadamente: «Somos ya, no esperamos ser.» Sólo una fe viva y un espíritu providencialista pueden hacer cambiar las cosas y evitar la muerte por exceso de mejoría.

FELIPE VÁZQUEZ,
Inspector Técnico de Trabajo